



Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

Nº 124 JULIO - SEPTIEMBRE 2012

PRELIMINAR

El verano es un tiempo de gracia también. Pero de forma diferente. Es un descanso con las posibilidades que abre y con los peligros que encierra. Posibilidades de estar más en contacto con la naturaleza, de poder abrirnos más a las necesidades y problemas de familiares y amigos para los que hay más tiempo disponible de escucha, posibilidad de recuperar las fuerzas desgastadas por el trabajo y otras mil cosas que vosotros sabréis. Y no le faltan al enemigo estratagemas especiales del tiempo de descanso y de calor para ponernos al borde de la caída e infidelidad al Señor. Tenemos que estar vigilantes y atentos a usar los medios espirituales y humanos para no contristar

al Señor con nuestra deslealtad.

LA LITURGIA DE LAS HORAS, Obra de Dios y de la Iglesia

- 1.– LA L.H. EN EL CONTEXTO DE LA ORACIÓN, 2**
- 2. LITURGIA Y ALABANZA TRINITARIA, 4**
- 3. LA LITURGIA DE LAS HORAS, *OBRA DE DIOS*, 5**
- 4. CRISTO MEDIADOR Y OBJETO DE NUESTRA ALABANZA Y ACCION DE GRACIAS., 6**
- 5. LA LITURGIA DE LAS HORAS, *OBRA DE LA IGLESIA*, 10**
- 5.2. – Nuestra participación, 12**
- 5.3 .– Nuestra santificación., 13**
- 5.4 .– La unión de voces y corazones., 16**
- 5.4.1. El canto como *comunicante*, 18**
- 5.4.2. Grito de los hombres sin voz, 19**
- 5.4.3. Voz de las criaturas sin lengua, 20**
- A modo de conclusión*, 21**
- BIBLIOGRAFÍA BÁSICA EN ESPAÑOL, 21**

- 1. LA L.H. EN EL CONTEXTO DE LA ORACIÓN
EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN.**

Al establecer las bases de la *oración cristiana*, uno no puede menos de tomar otro fundamento que aquel que este mismo nombre sugiere, la persona de Cristo. Nuestra oración está motivada por Cristo: El es, no sólo quien nos ha enseñado a hacer oración, sino que El es quien justifica nuestra oración. ¿Cómo nos atreveríamos a dirigirnos a Dios sin ser guiados por el Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús? ¿Con qué palabras dirigirnos?

Estando afectados por nuestros pecados, por los que no sólo nos sentimos nada, incapaces de ir a Dios, sino, menos que nada,

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

pecado, alejamiento y rechazo de Dios, ¿no sentimos una vergüenza infinita para presentarnos a la presencia de Dios? Sólo por Cristo Mediador y Salvador podemos salvar el abismo que nos separa de Dios. No sólo nos enseña a orar, sino que nos incluye en su plegaria, y hasta podemos decir que ora en nosotros. Nos permite apropiarnos su plegaria. Le podemos pedir prestados sus sentimientos y sus actitudes y hasta su Espíritu, para que emita en nosotros esos gemidos inefables de amor (*Rm 8*).

El magnífico documento introductorio a la nueva Liturgia de las Horas renovada por el Concilio Vaticano II, pone la oración de Cristo como origen de toda alabanza y glorificación de Dios. Nos vino a comunicar la vida de Dios, y gracias a eso podemos hacer oración. Es una nueva humanidad la que ahora puede dirigirse a Dios de un modo nuevo, poniendo sus palabras en boca de Cristo.

Cristo, en el seno de la Trinidad se dirige al Padre en el Espíritu con palabras humanas. Jesucristo durante su vida terrena hizo el aprendizaje de la oración como todo judío de su tiempo. Aprendió a santificar las horas, a dar valor al curso cronológico del tiempo para alabar, como creación del Padre, no sólo las realidades espirituales, sino las materiales y aún la temporalidad como tal. En los salmos había aprendido a dedicar a Dios especialmente algunas horas:

*Pero yo invoco a Dios, y el Señor me salva;
por la tarde, en la mañana, al mediodía me quejo gimiendo. (Sal 55,
17–18).*

Y también:

*Siete veces al día canté tus alabanzas (118,164)
A medianoche me levantaba para alabarte (118,62)*

Además había aprendido la oración vocal típica del judaísmo, el *Shemá*, recordando que el Señor es un Dios único, y el acontecimiento pascual

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

del éxodo como liberación por excelencia, y compendio de la obra salvadora de Dios con su pueblo.

2. LITURGIA Y ALABANZA TRINITARIA

Quizás no esté de más recordar algo que hace de la liturgia una marca esencial en la oración de la Iglesia. Toda la liturgia de la Iglesia, a diferencia de otras posibles manifestaciones de piedad, tiene una característica esencial: el ser oración trinitaria, dirigida al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. La Liturgia de las Horas, lejos de ser una excepción a esta estructura básica, se ajusta de modo pleno a ella, ya que es trinitaria en su objeto último, y no menos trinitaria en su fuente. Parte de Dios y tiene como objeto a Dios mismo.

La Trinidad antes de manifestarse en la historia, es el lugar por excelencia de la alabanza; Dios con el simple existir es alabanza de sí mismo (TARICANI, 43). Dom Marmion describe así esta alabanza: *En la adorable Trinidad el Verbo es la Palabra por medio del cual el Padre se dice eternamente todo lo que El es. Es la expresión viviente de todas las perfecciones del Padre. Ve en el Hijo la imagen perfecta de sí mismo. Tal es la gloria esencial que el Padre recibe. Si no hubiese creado nada tendría aún esta gloria esencial e infinita. El Verbo es, por ser Palabra eterna, como un cántico divino, cántico viviente que alaba al Padre expresando la plenitud de sus perfecciones. Éste es el himno infinito que resuena continuamente en el seno del Padre.*

Jesucristo introduce aquí en la tierra, con su Encarnación *el himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales* (SC 83; *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, [en adelante OGLH], 3; AROCENA, *Ecclesiae laus...* 84). Un himno que no es melodía, sino una persona. La vida toda de Jesús entregada para glorificar al Padre con su obediencia y reparar la desobediencia original y toda la secuela de pecados que introdujo. Himno que recoge el diálogo de amor que se intercambian desde toda la eternidad entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La eterna complacencia del Padre que se derrama toda

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

en el Hijo, el Hijo que se entrega completamente a sí mismo *para que el mundo sepa que amo al Padre (Jn 14,31)*, en el único vínculo de amor, que es el Espíritu Santo.

Jesucristo se ha hecho tan nuestro por su encarnación, se ha vinculado tanto a nosotros, hasta hacerse «pecado», «maldición», para salvarnos, que ya todo lo de la humanidad le es familiar, y se ha identificado tanto con el dolor, las angustias, los gozos y las esperanzas de los hombres, que ahora su alabanza en el seno del Padre resuena con palabras humanas. Hace suya nuestra oración. Pero al entregarse tan enteramente, podemos también apropiarnos su oración. Oración al Padre, la que dirige Cristo haciéndose eco y portavoz de toda su Iglesia, y oración en el Espíritu Santo; pero para mayor unidad también nos ha dado su Espíritu, para que la oración que El hace en el Espíritu, recoja la oración de la Iglesia inspirada a su vez por el Espíritu.

El mismo Espíritu que está en Cristo se hace voz inenarrable en el corazón de cada ser humano. Si se da una coincidencia entre el Espíritu de Cristo, el Espíritu que reúne a la Iglesia y que obra en ella, y el Espíritu que habita en el bautizado, hay una verdadera comunidad orante; el Espíritu unifica entonces a la Iglesia y la conduce al Padre.

El mismo Espíritu nos hace apropiarnos el nombre de Cristo para que nuestra oración suba al Padre con el único sello capaz de agradarle. La voz de la Esposa cautiva al Esposo. La oración de la Iglesia unida al Esposo posee unos derechos adquiridos por Cristo que la hace accesible al santuario de la divinidad. Cristo tiene siempre derecho a ser oído: *Padre, sabía que Tú siempre me escuchas.*

3. LA LITURGIA DE LAS HORAS, OBRA DE DIOS

Entre los antiguos monjes *opus Dei* era una expresión que significaba la vida espiritual del monje, o simplemente la vida monástica. Después evolucionó hacia el sentido preciso de la vida de oración que gira en torno a la Palabra de Dios, a la recitación de Salmos

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

y a la oración silenciosa tras éstos. Para San Benito *opus Dei* tiene este sentido muy técnico con el significado de la liturgia de alabanza u oficio divino.

En definitiva, lo que tenemos que recalcar —hoy más que nunca en que abundan tantas *técnicas de oración* que se agotan en la introspección y parten de un impulso interior sin más fondo que el yo humano—, es precisamente la llamada de Dios, la invitación de Dios a tener parte con El en su vida de comunión con las tres divinas Personas. El oficio divino y toda oración cristiana parte del llamamiento divino y de su acción en nosotros. Es, por tanto, *opus Dei*, no sólo en el sentido secundario de que dirigimos nuestra oración a Dios y le podemos hablar de amigo a amigo, sino en el sentido fuerte y pleno de que es obra e iniciativa de Dios, es donación de Dios que nos eleva, que se abaja a nuestra miseria y nos introduce en su vida. La oración sea comunitaria o en lo escondido es de Dios, es gratuita y de ahí que no podemos apropiarnos el tiempo dedicado a ella, no podemos tasarla para exigirle a Dios algo a cambio, o para emplearlo en otras tareas, o darnos al descanso, porque no nos pertenece.

4. CRISTO MEDIADOR Y OBJETO DE NUESTRA ALABANZA Y ACCION DE GRACIAS.

La liturgia de las horas es un ejercicio del sacerdocio de Cristo, puesto que participa de la Eucaristía, sacramento central y fuente de todo el culto cristiano.

La mediación de Cristo en la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* tiene una expresión feliz. Dice ésta que a partir del misterio de la Encarnación, *resuena en el corazón de Cristo la alabanza a Dios con palabras humanas de adoración, propiciación e intercesión: todo ello lo presenta al Padre en nombre de los hombres y para bien de todos ellos (n. 3).*

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

La mejor alabanza que puede darse a Dios es la que brota de alguien que esté en perfecta consonancia con El por el cumplimiento de su voluntad. Jesucristo por su misión llevada a cabo en obediencia al Padre, por la sujeción exacta al plan de Dios le ofrece un culto perfecto *en espíritu y en verdad*. Por el contrario, la separación entre culto y vida, entre un honrar a Dios con los labios y la oposición a su voluntad es la mayor aberración religiosa, y esta especie de magia está condenada magníficamente en esa página antológica que es el capítulo primero de Isaías:

¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios? –dice el Señor. No me traigáis más dones vacíos, más incienso execrable... Cesad de obrar mal, aprended a obrar bien... Si aceptáis obedecer, lo bueno de la tierra comeréis.

El culto exterior puede convertirse en algo ridículo a la hora de honrar al Señor, y hasta puede ser una barrera para acercarse a Él. Dios en su providencia permitió que fuese destruido el templo de Jerusalén y así ayudó a redescubrir a su pueblo que el alma de todo sacrificio es la oración auténtica del orante que hace suya la voluntad de Dios.

En Oseas (6,6) el Señor advierte que no sólo rechaza la incoherencia entre un culto de labios afuera y las obras opuestas a sus mandamientos: *Misericordia quiero y no sacrificios*, sino que le resulta igualmente repugnante a su amor la contradicción hiriente de que los hombres le rindan culto y no se tomen la molestia de analizar el proceder divino y traten de conocer cómo derrocha misericordia con ellos: *Conocimiento de Dios más que holocaustos*.

La oración es necesaria para honrar a Dios, bien sea manifestando contricción: *un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias* (Sal 50), o bien alabanza, pues en ella se incluye sentimientos de obediencia y entrega:

*el que me ofrece un sacrificio de alabanza,
ése me honra,
al que sigue por buen camino,
le haré ver la salvación de Dios (Sal 49,23).*

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

La oración es considerada como un sacrificio de alabanza y mientras estuvo el templo destruido el pueblo de Israel aprendió a ofrecer la oración como única ofrenda posible.

Si la oración es el sacrificio agradable a Dios, ya se adivina la importancia capital que adquiere en el misterio de Cristo su propia oración, puesto que es un momento fuerte en que realiza el designio de Dios, abrazándose a su plan desconcertante: *Padre, si es posible pase de mí éste cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

La *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* nos recuerda que esa alabanza humana tiene ahora un nuevo templo no hecho por manos humanas, que es el corazón de Cristo. Si en la historia de la salvación el templo de Jerusalén ocupó un puesto relevante como lugar de encuentro de Dios con su pueblo, el nuevo templo prometido por Ezequiel (37,26–28), sólo halla su cumplimiento en Cristo, quien reclamó para sí el título de templo. Roto por su muerte el velo del antiguo templo que distanciaba al pueblo de la intimidad con Dios, todo hombre bautizado, se convierte en virtud de su bautismo en templo, en piedra viva del templo del Cuerpo místico, la Iglesia, en la cual resuena la voz de la alabanza y el agradecimiento al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

Puesto como fundamento que nuestra oración litúrgica es esencialmente trinitaria y que por Cristo mediador tenemos acceso a la glorificación y alabanza que tiene lugar en la comunión de las tres divinas personas en el seno del Padre, hay que añadir que el mismo Cristo es término de nuestra alabanza, pues Él como Revelador del Padre y del Espíritu, como Mediador y Salvador, que ha muerto y resucitado para nuestra salvación, atrae nuestras alabanzas, es el motivo en muchas ocasiones por el que alabamos al Padre y al Espíritu, pues *Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación... todo fué creado por Él y para Él. ...Y el Padre se complace en hacer habitar en Él la plenitud de la divinidad* (Col 1). Los cánticos del Nuevo Testamento incorporados a la Liturgia de las Horas en Vísperas tienen, en su mayor parte, un contenido cristológico, y tomando pie de uno u otro aspecto del misterio de Cristo se destaca su intervención en la

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

historia de la salvación en forma de alabanza, y encuadrado generalmente en una perspectiva trinitaria.

Jesucristo es el objeto inmediato de nuestra alabanza en la liturgia, pero por medio de Él nuestra oración se dirige al Padre en el Espíritu Santo. La *O.G.L.H.* tiene dos expresiones muy claras a este respecto: La Liturgia de las Horas *es oración que la Iglesia realiza con Cristo y dirige a Él* (nº 2). Y en otro lugar, citando la constitución sobre sagrada liturgia del Concilio Vaticano II, añade: *Esta oración es la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún: es la oración de Cristo, con su Cuerpo, al Padre* (S.C. 84; *O.G.L.H.*, 15).

La mediación de Cristo tiene su momento cumbre en la Eucaristía, pero esta cumbre tiene muchas manifestaciones, las cuales son de mayor o menor monta y en el documento postconciliar referido a la Liturgia de las Horas tantas veces citado, coloca a la Liturgia de las Horas en un lugar preeminente junto a los sacramentos: *Cristo, en el Espíritu Santo, por medio de la Iglesia, ejercita la obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios no sólo en la celebración de la Eucaristía y en la administración de los sacramentos, sino también, con preferencia a los momentos restantes, cuando se celebra la Liturgia de las Horas.* (*O.G.L.H.*,13).

La Liturgia de las Horas es, pues, un momento salvífico que dimana y prolonga la acción culmen del sacrificio redentor. Si en él Jesucristo es eminentemente Mediador, cada vez que la Iglesia se reúne para la alabanza divina unida a su Cabeza, ejercita la acción salvífica que Dios ha dispuesto, y nunca la Iglesia es abandonada a su suerte, menos todavía en la celebración de su adhesión a Cristo Cabeza. Por tanto, no es un acto más, sino una expresión principal de su ser, una actuación de la salvación. Cristo, el Cordero de Dios, es representado paradójicamente en el Apocalipsis como un Cordero en pie, pero que está degollado (*Ap* 6,5), para expresar de este modo la presencia de su oración gloriosa que continúa intercediendo y salvando al mundo.

Pero hay dos aspectos importantes, no los únicos, por los cuales la Liturgia de las Horas está vinculada a la Eucaristía. Esta es *acción de*

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

gracias por excelencia y memorial de la muerte y Resurrección de Cristo. La Liturgia de las Horas reproduce un modo peculiar de acción de gracias, prolonga el momento eucarístico, porque siendo tan esencial a la Iglesia la manifestación de su agradecimiento a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, había de volcarse en una constante plasmación de su ser. *La Liturgia de las Horas* –dice la O.G.L.H.– *extiende a los distintos momentos del día la alabanza y la acción de gracias, así como el recuerdo de los misterios de la salvación, las súplicas y el gusto anticipado de la gloria celeste que se nos ofrecen en el misterio eucarístico.*(O.G.L.H. 12).

La Liturgia de las Horas es también memorial, es decir, celebración de los misterios de Cristo con la peculiaridad esencial de ser recuerdo eficiente: lo celebrado se cumple aquí y ahora. Cristo con su acción salvífica obra en su Iglesia cada vez que ésta hace memoria agradecida y laudatoria de su misterio. Y así, cada hora recuerda momentos concretos del misterio de Cristo, pero de tal forma, que es actuación en el tiempo, de aquella salvación obrada por Cristo de una vez para siempre (*Hb 9,12*).

10

5. LA LITURGIA DE LAS HORAS, OBRA DE LA IGLESIA

Una de las grandes recuperaciones de la Liturgia de las Horas es su sentido eclesial. Ya lo tenía; no es nuevo, pero se hacía más bien a base de delegaciones.

Es la mentalidad consagrada por el Concilio Vaticano II en la que la Iglesia no es contemplada ya como una sociedad perfecta bajo la guía del Papa y los Obispos, sino como organismo viviente, comunidad cultural, Pueblo de Dios.

La Iglesia es reino de Dios, pueblo de Dios, stirpe elegida, templo del Espíritu. Este nuevo Israel se organiza espontáneamente como comunidad cultural: *Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los Apóstoles, en la vida común, en la Fracción del Pan y en la oración* (*Hch 2,45–47*).

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

Elementos esenciales del culto son:

- el ministerio de la palabra,
- la Eucaristía,
- la oración de alabanza.

La nueva O.G.L.H. desde sus primeras palabras programáticas no habla de esta oración como destinada a un grupo particular dentro de la Iglesia, sino que habla de ella como de un bien común de todo el pueblo de Dios: *La oración pública y comunitaria del pueblo de Dios figura con razón entre los principales cometidos de la Iglesia. (n.1)*. Pero por si no fueran bastantes precisas estas palabras, al ocuparse en el capítulo IV de los que celebran la L. de las H., es el mismo documento el que devuelve, por así decir, la que antes se denominaba oración *oficial* de la Iglesia a toda la Iglesia y no sólo a una representación oficial: *La Liturgia de las Horas, como las demás acciones litúrgicas, no es una acción privada, sino que pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiesta e influye en él (n. 20)*. Hemos de fijarnos en que tampoco se dice que se reza por alguien en concreto en nombre de la Iglesia, sino que dice simplemente que pertenece a todo el cuerpo *de la* Iglesia. De este modo se aplican con mayor verdad y exactitud las expresiones que se refieren a la oración comunitaria como expresión de la esencia íntima de la Iglesia, que es comunión (OGLH,9), y todo el capítulo segundo cuyo título es precisamente *La oración de la Iglesia*, por sus palabras está significando siempre que es la Esposa como tal la que se dirige al Esposo, que son todos *los bautizados* quienes participan del *sacerdocio de Cristo, todo el cuerpo eclesial*, luego todo él está *habilitado para el culto del Nuevo Testamento (OGLH, 7)*.

Si bien la celebración prototipo es aquella en que están reunidos obispo, presbíteros, ministros y pueblo (OGLH, 20), no quita que ante la imposibilidad de hacer esto frecuentemente, recomiende directamente el que todos los fieles sean convocados fuera de estas ocasiones puntuales, pues visibilizan a la Iglesia al unir sus corazones y sus voces en la celebración del misterio de Cristo (OGLH, 22). Y no paran aquí las recomendaciones a los laicos, pues si bien son preferibles las celebraciones presididas por el obispo, presbiterio y

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

ministros (n. 20), también los sacerdotes deben invitar a los fieles y convocarlos a la oración de la L. de las H., y aun los mismos fieles que se reúnen por sí mismos por motivo de oración o apostolado, e incluso en el hogar doméstico se recomienda la oración de la Iglesia, la L. de las H. (OGLH, 27).

Ahora bien, si la Iglesia no puede estar en su totalidad, o si las ocupaciones de los que construyen la ciudad terrestre les impide una dedicación mayor a la oración, son los pastores y los religiosos quienes aseguran la presencia continua de la oración salvífica de Cristo.

5.1. ¿Oración personal o comunitaria?

Toda oración que se precie de tal debe ser personal, o sea, tiene que pasar por la persona, hacerla vida. Se tiene que solidarizar con lo que dice, no puede quedar al margen de las palabras que pronuncia. Y de tal modo queda su vida comprometida, que puede decirse que sin esta condición la pretendida oración es un monólogo estéril y se convierte en un bloqueo de toda verdadera relación, sea con Dios o con los hombres. No se puede rezar y no perdonar. Rezar y no amar. En este sentido es oración personal. Pero la oración en nuestras comunidades religiosas normalmente es comunitaria. Comunitaria se opone aquí a oración solitaria, no a oración eclesial.

5.2. Nuestra participación

La L.H. es una celebración, en la verdad sensible de los signos. Esto significa que debemos hacer elocuente con la unión de los corazones lo que celebramos. Hablamos de celebración comunitaria.

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

Pero ¿nos hemos preguntado si verdaderamente es así en realidad? ¿No nos choca juntarnos para rezar y mantener actitudes de resentimiento, de distanciamiento? La oración comunitaria obliga a mucho más que a estar juntos en un mismo lugar a la misma hora.

No existe la comunidad ideal, pero, o bien hacemos de la oración comunitaria una vida que se nos comunica y que nos impulsa a dar vida por el amor y a mantener a esa vida por el perdón y la comprensión y por el servicio mutuo, o mejor es que dejemos de fingir. La oración es un don y no podemos reservarnos el don de Dios, utilizarlo a nuestro gusto o capricho. Tiene sus exigencias que no se pueden ignorar.

La celebración de la L.H. crea continuamente la comunidad. No se nos da ya hecha. Lluve la gracia, pero o nos disponemos a ser buena tierra, o no hay oración. Cada día creamos la acogida por la actitud renovada de apertura al otro próximo o no tan cercano, pero siempre en actitud solidaria, siempre abiertos a las nuevas comunicaciones del Espíritu, a lo inesperado de la actuación de Dios.

Nunca es mucha la insistencia en que la oración es un don. Nuestra percepción sensible de la realidad inmediata, cuando hace balance de nuestra oración, la examina, y desde ese mismo instante se engaña. En cambio, al abrirnos en fe a la acción de Dios en nosotros, constatamos en primer lugar que la oración es unión con Jesús, que hace realidad en nuestra vida la edificación de una comunidad entre El y nosotros. Y esta realidad nos sobrepasa. Por tanto, lo que celebramos nos sobrepasa. En un vídeo se nos podría recoger rezando juntos. Pero lo que se escapa al objetivo de la cámara es esa nueva realidad de una comunidad, de una vida interna, del Reino de Dios presente entre nosotros que hace que nos amemos, que estemos dispuestos a servirnos, a obedecer al superior puesto en lugar de Cristo, a perdonarnos.

5.3. Nuestra santificación.

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

La liturgia es una bendición descendente y ascendente: Dios santifica, envía su bendición, y los hombres elevan sus bendiciones al Padre por Jesucristo, en el Espíritu con alabanzas, súplicas y acciones de gracias.

La circulación, el diálogo, la relación que se establece, se lleva a cabo por medio de la Palabra de Dios. Es una fuente de santificación. Es la voluntad de Dios dicha en palabras humanas. Por la Palabra se nos hace partícipes del conocimiento de Dios. La Palabra, al ser leída en el Espíritu y abrir cada cual su corazón a su influjo, comunica un conocimiento vivo, experiencial. Toda la Liturgia de las Horas está tejida de la Palabra de Dios. Si esa palabra, no sólo se lee en el Espíritu, sino que se convierte en canto comunitario, en alabanza de toda la Iglesia, en oración hecha en unión de corazones, hemos de concluir que en tales ocasiones *se nutre de manera especial la fe de cuantos participan* (OGLH, 14) en dicha celebración. La unión de mentes tiene que producir un mayor grado de santificación, misteriosa, incapaz de ser percibida por nuestros sentidos corporales, pero real.

La Palabra no sólo da a conocer a la inteligencia lo que sin aquella nunca hubiera podido excogitar por sí misma. La acción del Espíritu va mucho más allá. Es una nueva creación. Y como el Espíritu sobrevolaba sobre las aguas (*Gn 1, 2*), dándolas vida, de la misma manera obra en el que lee con fe, hasta el punto que le imprime la imagen de Cristo, prototipo de santidad. Crea en el creyente un nuevo principio de acción al configurarle con Cristo. Entonces no soy yo quien obra, *es Cristo quien obra en mí*. No sólo se lleva a cabo esta acción en los sacramentos, sino siempre que se tiene un encuentro con Cristo en su palabra o en la acogida del prójimo, especialmente en los pobres. Aparte de los sacramentos, un momento privilegiado de la modelación de Cristo en el fiel por el Espíritu Santo es la Oración de la Liturgia de las Horas.

Siempre que se lee la palabra en el Espíritu de Cristo, se sigue la operación transformante de este mismo Espíritu. Pero hay una gradación en su influencia, con tal que no se haga de los actos cultuales un paréntesis en la vida, y ocurra que no haya acuerdo entre la

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

confesión de los labios en la liturgia, por una parte, y el compromiso ético en el comportamiento, por otra. Sentadas estas premisas, puede decirse que la principal fuente de santificación son los sacramentos; y a continuación figura la acción santificadora del Espíritu en la oración litúrgica comunitaria.

Se ha de evitar la contraposición de unos u otros momentos, porque la base más segura es la unidad y simplicidad de la acción del mismo Espíritu que obra todo en todos. Es más, hay que entender que la Liturgia de las Horas, o la lectura a solas de la Palabra, o la acción caritativa, no hacen sino prolongar lo que se ha recibido en la Eucaristía.

En particular, en la Liturgia de las Horas se prolonga la Eucaristía, puesto que ésta hace presentes los actos salvíficos de Cristo en la Cruz y en la Resurrección como memoria eficaz y como oración que impulsa al compromiso.

Si por el bautismo fuimos incorporados a la muerte y resurrección de Cristo, la Liturgia de las horas actualiza esa inserción prolongándola en el hoy de nuestro acontecer cristiano, la revive al alabar el designio salvífico de Dios que nos tenía destinados a ser sus hijos en Cristo.

El sello del Espíritu que recibimos en la confirmación, recobra nuevo esplendor, se manifiesta con una nueva virtualidad cuando el portador de ese sello, por la oración de las horas, se hace eco de los gemidos inefables del Espíritu en su interior.

La Liturgia de las Horas nos ayuda a madurar en nuestra culpabilidad, la conduce por los verdaderos caminos humanos y evangélicos en la que se pasa del dolor característico del arrepentimiento por haber ofendido a Dios y a los hermanos, al gozo de sentirse perdonado y acogido en la casa del Padre. El sacramento de la penitencia encuentra entonces en la oración eclesial de la alabanza mil ocasiones de renovar el arrepentimiento de haber abandonado la casa del Padre donde lo había recibido todo. Allí expresa el dolor de no haber buscado la comunión con los hermanos por encima de todo. En la oración comunitaria encuentra la expresión más acabada para

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

agradecer el gozo de convivir unido a los hermanos y la motivación más fuerte en orden a fortalecer su pertenencia a la Iglesia, empañada por el pecado.

La liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Cristo por medio de signos sensibles que obran nuestra unión con Dios. La participación en el sacerdocio de Cristo de todos los bautizados se actualiza de modo especial en la liturgia de las horas, puesto que nuestra oración es prolongación del himno de alabanza que introdujo Cristo en el mundo al hacerse hombre.

La OGLH (nº 27) ha hecho explícito y oficial la misión confiada a los esposos de ser signo del amor de Cristo a su Iglesia, también por medio de la oración oficial de la Iglesia porque en ella se proclama continuamente el amor de Dios al mundo y se hacen portavoces de la alabanza que Cristo y su Iglesia elevan al Padre.

La consagración de los religiosos y de los monjes encuentra en la Liturgia de las Horas un molde excelente para vaciar el contenido de su consagración, hasta el punto de ser en la Iglesia quienes de una manera especial mantienen en la Iglesia la regularidad de dicha alabanza, *y representan a la Iglesia orante: reproducen más de lleno el modelo de la Iglesia, que alaba incesantemente al Señor con armoniosa voz... dicho lo cual principalmente de los contemplativos (OGLH, 24).*

5.4 . La unión de voces y corazones.

La oración tiene unas exigencias irrenunciables. La oración comunitaria tiene que hacer visibles incluso algunas de ellas. Me refiero a que los gestos que inevitablemente se hacen en la misma Liturgia de las Horas, deben dar idea de que formamos comunidad. Todo no se puede ver. Pero algo se ha de transparentar de esa unión de corazones. Esta unión debe quedar manifiesta en la cabida que se da a todos y cada uno de los miembros en el desarrollo, en la preparación de las celebraciones, y en el lugar preferente o, al menos,

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

cómodo y visible que se da a los enfermos e impedidos para que se vea que son ellos una porción muy querida del Señor dentro de su Iglesia.

Por tres veces es citada por la OGLH (nº 19; 105 y 108) la expresión de San Benito *que nuestra mente concuerde con nuestra voz (Regula monasteriorum, cap. 19)*. Exigencia ésta muy repetida en la Sda. Escritura en forma negativa y como reproche de Dios a su pueblo: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí*. No se puede poner otra base diferente para la oración. Sin este acuerdo fundamental se cae en una especie de esquizofrenia espiritual. Porque no se refiere a las distracciones involuntarias, sino que apunta mucho más alto al unificar nuestro ser en torno a los sentimientos elevados que se hallan por doquier en los salmos. No se debe leerlos y pasar de largo. El ideal es muy esforzado. Carrera interminable la de luchar contra la dispersión y el egoísmo. Pero imposible salir airoso ante el reto de tener los mismos sentimientos de Cristo, sin que sea el Espíritu quien ore en nuestro interior con gemidos inefables.

Los monjes del desierto se lamentaban de decir en los salmos expresiones que no concordaban con su vida. Les pesaba esta doblez. Su mente, por tanto, sí que concordaba con su voz, pero no se contentaban. No querían vivir una espiritualidad sentimental. No se conformaban con menos de una armonía perfecta entre todas las partes implicadas, los sentimientos, la voz, y sin poner al margen su conducta. Éste y no otro debe ser el sentido que se lee en la Sda. Escritura y en San Benito. Al nombrar el corazón en la mentalidad semítica se dice también la vida, de no ser que se padezca de hipocresía existencial.

La exigencia fundamental para que nuestra oración sea personal es nuestra unificación interior. Pero al ser nuestra oración comunitaria, tiene unas exigencias de unidad con las demás personas próximas y lejanas que no se deben descuidar. La liturgia favorece nuestro crecimiento en la caridad. Nuestro culto no puede distanciarnos a unos de los otros si se realiza en espíritu y en verdad. Vamos a considerar a continuación brevemente cómo se pueden tender cables de solidaridad precisamente desde un lugar que se podía

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

antojar para alguien inadecuado o incapaz, la liturgia, y, en concreto la Liturgia de las Horas.

5.4.1. El canto como *comunicante*

Para llegar a una exacta valoración del canto en la liturgia es imprescindible partir de la base antropológica del canto como expresión muy peculiar y sobresaliente de los sentimientos de la persona. Sin ser esencial para la persona, ocupa un lugar relevante, hasta el punto que suprimirlo sería una merma muy grave y quedaría afectada la estructura básica personal.

A esto se ha de añadir un componente sobrenatural imprescindible: Toda la persona ha sido redimida por Cristo, no sólo el alma, por así decir. Esta lógica aplicada con todo rigor, lleva a sacar todas las consecuencias del hecho de que también la participación en el sacerdocio de Cristo es total, no restringida. No se da un alma sacerdotal, sino una persona completa, que como tal participa en el sacerdocio de Cristo. Luego la cualidad antropológica del canto está integrada también en el ejercicio del sacerdocio participado de Cristo. El canto se ve de este modo realzado, a la vez que toda la persona, a una función superior basada en la muerte y resurrección de Cristo.

A partir de la integración en la esfera sacerdotal de Cristo, la cualidad simbólica del canto superando la simple expresión de sentimientos, se inserta en un orden nuevo, donde también es cauce para la ofrenda que hace cada uno en la liturgia y que se hace por lo mismo sagrado. Se añade además su cualidad de comunicante de la nueva vida, propia de la inserción en Cristo.

El canto no es un adorno, ni un espacio estético de la celebración, sino una expresión de la palabra en estructuras vivas para hacer de la palabra diálogo entre Dios y el hombre, y de los hombres entre sí.

No se debe perder de vista que el canto y la música no tienen en la liturgia una autonomía absoluta, se deben atener a sus espacios y cometidos, a su función ministerial. El canto gregoriano, al que el

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

Concilio Vaticano II ha declarado ser el propio de la Iglesia católica (*Sacros. Conc. 117*), puede servir de modelo para juzgar si las composiciones son adecuadas, y para deducir los criterios más generales que deben observar las composiciones modernas.

Una de las normas que ha de tenerse siempre presente en el canto es la función cultural como patrimonio de toda la asamblea, no de sólo los cantores o instrumentistas. No se puede rebajar su función al simple hecho de presentar al público un coro, unas piezas o cualquier otro interés ajeno a la misma celebración.

Requisito imprescindible es que el canto ayude a participar, bien sea por los textos que interpreta el coro en los que cada miembro de la asamblea pueda volcar su vivencia del misterio, bien porque por medio de aclamaciones, respuestas cantadas y cantos populares puedan unir sus voces en la medida que le es posible a una asamblea no preparada especialmente para la música.

5.4.2. Grito de los hombres sin voz

La Liturgia de las horas si ha de ser la oración de la Iglesia, también tendrá que recoger la oración de quien no puede expresarse, de quien teniendo boca no puede hacerse escuchar. Su gemido quedaría ahogado entre los hombres si alguien no lo escucha y valora hasta el punto de hacerlo suyo. No son sólo los oprimidos por los poderes políticos o los explotados de esta tierra por quien detenta el poder económico. Hay muchas personas que sufren de mil maneras. Hay enfermos y parados, hay ancianos y niños. Hay quien sufre sin haber hecho mal, quien sufre en lo hondo de su conciencia y quien sufre por habérselo buscado con su conducta. Ninguno se ve excluido de nuestra oración.

La manera de hacerse presente la queja o la súplica, el gemido o la rebelión de quien no acepta su situación desgraciada en la Liturgia de las Horas es variada. En las preces, en las oraciones, y en los himnos la oración de estas personas que sufren se hace presente de modo más en consonancia con nuestros hábitos de expresión. En los Salmos la

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

descripción sobrecogedora de su estado de enfermedad o de aflicción nos deja atónitos, pero es todavía mayor la sorpresa de las imprecaciones. Aquí se salta el salmista todas las barreras de la tolerancia y hace juicios condenatorios de sus enemigos. ¿Cómo se compagina esto —nos preguntamos— con el amor a los enemigos predicado por Jesús?

No trataré aquí de responder completamente a esta cuestión, sino sólo decir que para nosotros pueden ser momentos fuertes de oración si sabemos aplicarlo al mal, si su aparición despierta en nosotros una detestación del pecado, pero mucho más todavía un deseo de que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, de que el malvado abandone sus pasos y vuelva al camino de la luz y de la paz.

5.4.3. Voz de las criaturas sin lengua

«Toda la creación está expectante aguardando con gemidos de parto la hora de su liberación». También la creación participa de la redención de Cristo y está esperanzada de que llegue su hora.

En la L. de las H. hacemos de voz de las criaturas, somos portavoces de una creación a la que no le basta ser elocuente por su belleza y misterios que encierra. Todo hombre, y con mayor razón el contemplativo, está llamado a alabar a Dios por ellas, a expresarle su agradecimiento. El cántico de los tres jóvenes es un modelo de integración en la alabanza a todas las criaturas. Comenzando por los seres inanimados, los astros y los fenómenos atmosféricos, se eleva al estadio de los animales de toda especie, y corona la alabanza con la de los hombres y ángeles. La simple enumeración ya sería alabanza. El autor del cántico va más allá e invita a todas las criaturas sin lengua a alabar ellas a Dios. Lo cual de hecho están haciendo por ser creadas y responder a su cometido en el plan de Dios, y porque nosotros las ofrecemos nuestra voz.

El hombre ha sido creado para alabar y dar gloria a Dios. La capacidad para la relación personal con Dios no puede pasar por alto el bello entorno que Dios ha creado a su alrededor, para que tuviese un pálido

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

reflejo de su grandeza y le alabara por su providencia meticulosa, que ha previsto todas sus necesidades.

A modo de conclusión

El pueblo entero de Dios confía en los contemplativos. Sabe que su oración es escuchada por Dios. Por otra parte se estimulan ante su testimonio firme e ininterrumpido. Ante una responsabilidad tan grande, ya que les compete una misión tan por encima de sus fuerzas, no pueden dejar de intentar cada día transparentar con su oración la gloria de Dios. Si grande es la responsabilidad mayor es el privilegio de ser una porción escogida del pueblo de Dios para realizar aquello que más le define como tal asamblea de Dios. Desde los orígenes en la Iglesia ha tenido la oración litúrgica como una de sus características

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA EN ESPAÑOL:

Julián LÓPEZ MARTÍN, *La oración de las Horas: historia, teología y pastoral del Oficio divino.*— 2ª ed. — Salamanca : Secretariado Trinitario,1984.— 251 p.— (Mundo y Dios, 24).

Julián LÓPEZ MARTÍN, *Oración al paso de las Horas: Notas sobre el Oficio divino.* Pamplona, Fundación Gratis Date, 1993. (Cuadernos Gratis Date, 8). Hay edics. más actualizadas. www.gratisdate.com

Luis ALONSO SCHÖKEL, *Salmos : Texto oficial litúrgico/* Introducciones y notas de... — ed.— Madrid : Cristiandad, 198 .-435 p. — (Los libros sagrados).

El oficio divino y su celebración en las comunidades religiosas /J.M. MARTIN PATINO, P.

Boletín de los Oblatos de la Abadía de Santa Cruz

Pedro FARNÉS, Teófilo CABESTRERO...– Madrid : PPC, (D.L. 1969). 235 p.– (Renovación litúrgica).

Vincenzo RAFFA, *La liturgia del breviario*.– Barcelona : Ed. Litúrgica española, 1960.– 377 p.–(Biblioteca de ciencias religiosas, III , 6) (Título original: *La liturgia delle ore*).

AROCENA SOLANO, F. M., *Ecclesiae laus : los himnos latinos del tiempo per annum.*/ Texto latino, vers. Cast. N. y comentarios. Pamplohna: Eunsa, 1997.

UN MONJE DE LA
ABADÍA SANTA CRUZ DEL VALLE DE LOS CAÍDOS (MADRID)

